

JULIO CONCEPCION SUAREZ

Filólogo, autor de «Por los pueblos de Lena»

«La mirada de Lena hacia Castilla le dio un desarrollo particular»

«Cierta turismo rural es puro colonialismo, ya que todas las cosas se traen de fuera»

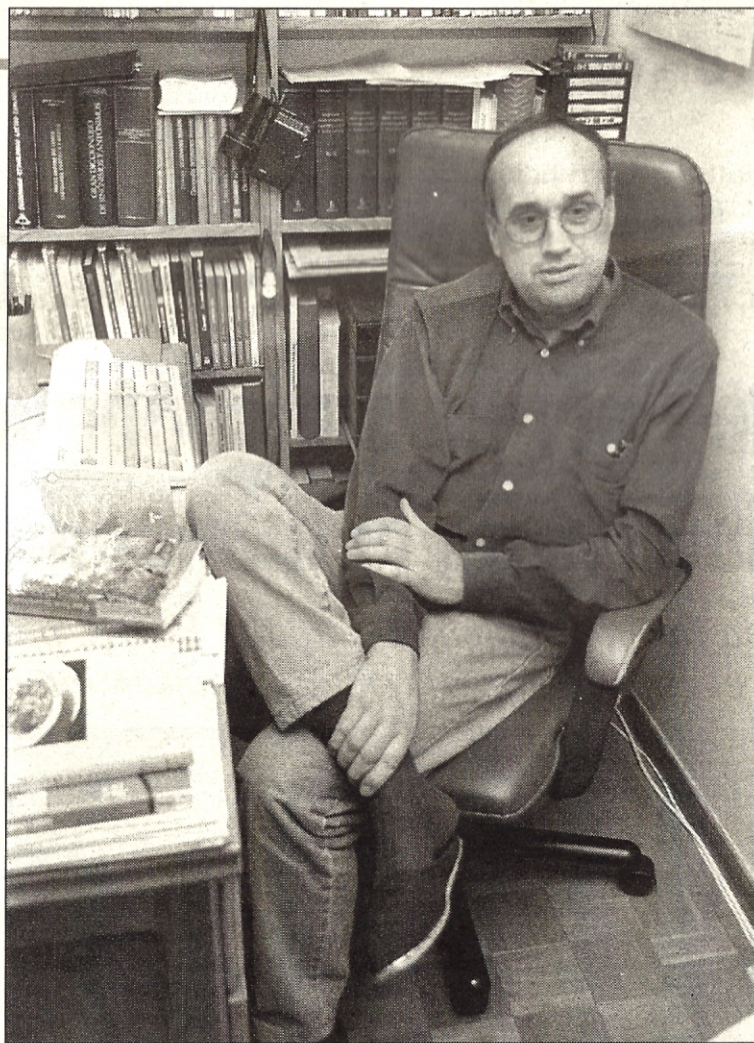
Pola de Lena,

J. L. ARGÜELLES

Tiene 47 años y se ha pasado buena parte de ellos fatigando los caminos, los bosques y las aldeas de Lena. Julio Concepción Suárez, investigador y filólogo, acaba de publicar un hermoso y apretado libro sobre esas incursiones en uno de los concejos asturianos de mayor raigambre. «Por los pueblos de Lena» es una jugosa y erudita miscelánea que supone una «lectura» minuciosa y profunda de nombres y paisajes, de arquitecturas y leyendas, de frutas y animales. La clave es sencilla: «Hay que pisar los pueblos».

¿Por qué un estudio de

paisanos quieren saber o contar cuál es el origen del pueblo, por qué se comía un producto y no otro... Creo que esos paisanos tienen todo el derecho a que se conozca la historia de su pueblo. El libro tiene, además, otro objetivo: ver cómo se podrían reutilizar todos los recursos del concejo. Es una línea de desarrollo local en la que trabajan otros investigadores, como el geógrafo Fermín Rodríguez. Lena, por ejemplo, era un municipio que antes exportaba mucho más que ahora. Un ejemplo, zonas como Taramundi son centro de una intensa promoción, mientras que Lena, con más recursos, no lo es tanto.



Julio Concepción Suárez, en su estudio de Pola de Lena.

F. OTERO

«Las palas de las minas reventaron la calzada romana»

Pola de Lena, J. L. A.

–Usted remitió hace unos años un duro escrito al Defensor del Pueblo en el que denunciaba la situación del rico patrimonio histórico de Lena. ¿En qué situación se encuentra ahora ese legado?

–Algo se consiguió. El puente romano de Campomanes se limpió y se quitó la maleza que lo tapaba. El escrito se remitió sin ninguna mala intención. Incluíamos diez cosas fundamentales, algunas víctimas de agresiones. El colmo fue la calzada romana, la segunda que hay en la región. Pues bien, se metieron unas palas, con esto de las minas incontraladas, y la reventaron. Pasa en otro país e. inmedia-

cada uno de los 246 pueblos de Lena?

—No había nada hecho. Mi intención es continuar la labor con otros trabajos sobre rutas y sobre productos típicos del concejo. En realidad, el libro es un diccionario de cada uno de los pueblos del concejo, algunos de ellos ya despoblados. Estos pueblos son los que mantuvieron, durante décadas, la población del concejo. En el trabajo parto siempre de los nombres de cada uno de los lugares.

—Usted tiene varios trabajos de investigación lingüística sobre el concejo. En este último trabajo se nota, sin embargo, una mayor preocupación por el paisaje y el paisanaje. ¿Por qué ese cambio?

—Me lo pidió la gente. Los

«Los paisanos tienen todo el derecho a que se conozca la historia de su pueblo»

—¿Lena tiene una identidad propia, menos industrial, que el resto de los concejos de las cuencas?

—El valle del Huerna, por ejemplo, tiene una identidad muy acusada, con costumbres muy arraigadas. Son muy solidarios. Pajares tuvo mejores comunicaciones...

—Me refería más al conjunto del concejo.

—Lena fue siempre lugar de paso hacia Castilla. Se exportaban muchos productos, desde

hierbas hasta utensilios de labranza. Aquí había muchas posadas, alberguerías, camineros. Esa mirada hacia León le dio un importante desarrollo muy particular. Por contra, concejos como Mieres siempre miraron más hacia el centro de la región. Hubo luchas, pero siem-

pre existió una gran hermandad entre los pueblos de Lena y los de Castilla.

—¿Qué queda de aquella Lena rural en este final de siglo?

—Quedan los nombres, las «irías», las «morteras», el trabajo comunal o, al menos, su espíritu, que desaparece en otras zonas. El trabajo compartido aún me mantiene en algunos lugares. Dése cuenta de que todas esas labores comunales podrían tener hoy una traducción: ganaderías, tractores, empacadoras... La concentración parcelaria, por ejemplo, sería una versión moderna de las «irías» y «morteras», de las «esquisas».

—Un dato poco agradable: Lena es uno de los concejos de la región con mayor número de pueblos abandonados.

—Es una medida inteligente para desvalorizar el terreno. Como están abandonados, se puede hacer lo que se quiera. Con ello, lograron que se destro-

zaran en Alceo elementos en algunas casonas. ¿Cómo que están abandonados? Hay paisanos que todavía tienen allí sus casas y sus huertas. Esos pueblos no están abandonados, están deshabitados, que no es lo mismo.

—¿Es un proceso imparable o, por el contrario, hay un regreso al pueblo, lo que, con un punto de pedantería, se ha llamado «la vuelta a las raíces»?

—Yo creo que es un proceso programado. Consiste en quitarle valor a las cosas, pero los paisanos no son tontos y, por el momento, no venden nada. Te dicen «no, prefiero dejarlo ahí». En el fondo, piensan que algún día se va a volver a utilizar. Es como lo del turismo rural, que, al final, traen los productos de afuera. No se venden chorizos, no se vende la escanda, la carne. Todo eso es colonialismo. Si vamos a un pueblo y lo llevamos todo de fuera, ¿en qué beneficiamos a ese pueblo?

tamente, interviene la Administración. Se destruyó, en fin, una atalaya o un túmulo. A partir de aquellas protestas algo empezó a cambiar. Se quitó el basurero de Riosa, que no es poco.

Tresillos en Valgrande

—Se ha dicho que Lena es uno de los concejos de las cuencas que mejor conserva su paisaje. ¿Está de acuerdo con esa opinión?

—El paisaje de Lena era privilegiado, precioso. Sin embargo, en los últimos tiempos se hicieron pistas de cualquier manera. He visto televisiones y tresillos tirados en Valgrande.

—¿Qué opina de las nuevas normas urbanísticas del concejo?

—Por lo que yo conozco, son bastante respetuosas con los espacios, así como con la arquitectura tradicional.